Siguiendo ciegos el brutal instinto,
A la necesidad encadenados.
Así ¡oh mi patria! una columna tuya
Se destruyó por misterioso arcano,
Por su propia grandeza derrumbada,
Por su propio valor hecha pedazos!
El insensible filo del acero
Término puso al existir del sabio,
Del mismo modo con que muere el crímen
En dia para México nefasto! . . .
. . . . . .
Apenas con la sangre del suicida
La tierra se manchó. . . . bajó al ocaso
El sol, se desplomaron las tinieblas;
Y la rápida lumbre del relámpago,
Sobre el cadáver que nadaba en sangre
Dejó caer su resplandor aciago,
Cual si un genio infernal en el vacio
Avivando sus ojos inflamados,
Del huracan meciéndose en las alas
Se gozase en la sangre y el estrago. . . .
Y un acento doliente y lastimero
De la América triste, amargo llanto
De la patria infeliz desesperada,
Oyó al morir el héroe mexicano!

OCAMPO.

¿Y no es mejor con gloriosa herida
Pasado el corazon yacer sin vida
Sobre el sangriento suelo,
Que arrastrarse cual míseros reptiles
Ante las plantas de tiranos viles
Y respirar bajo del mismo cielo?

¿Y no es la tumba bienhechor abrigo
Al que mira indignado de un amigo
El cadáver delante,
Y en llanto estéril de dolor deshecho
Siente despedazársele en el pecho
El corazon de angustia palpitante?

Ah! sí! mil veces tu sangrienta tumba!
Eterna maldicion al que sucumba
Al infamante yugo!
Bajar al centro de la tumba helada
Víctima sin piedad sacrificada,
Antes que respirar con tu verdugo!

Mas qué logra el furor? . . . destino aciago
Pesa sobre la patria, horror y estrago
Su patrimonio han sido:
En su sangriento suelo cada instante
Sofoca el opresor con vòz tonante
De la inocente víctima el gemido. . . .

Si acaso brota alguna flor hermosa,
Cruel mano enemiga la destroza
Y la arroja en el cieno. . . .
Si un héroe alza la faz, si un genio brilla,
Lo hiere al punto bárbara cuchilla
O la calumnia con letal veneno!

Apenas un instante respiraba
Esa patria infeliz, antes esclava,
Nuevo golpe la hiere.
No bien de libertad sonó la hora
Y despuntaba su risueña aurora,
El noble Ocampo asesinado muere!

Increible maldad. . . . héle allí muerto!
Solo nos queda ese cadáver yerto
De aquel genio divino. . . .
Fué dado á la oprobiosa tiranía
Crear, al soplo de su rabia impía,
Para tal corazon un asesino!

Gócese, pues, porque ha tendido un velo
De luto universal, de inmenso duelo
A distancia infinita:
En los confines últimos del mundo
Para llorar un crímen tan profundo
Tal vez un noble corazon palpita!

Ocampo fué una luz resplandeciente,
Una feliz inspiracion viviente:
Noble genio que gime
Con la opresion, con el ageno agravio;
Ocampo era elocuente, justo, sabio,
Y en el amor de su país sublime!

En la patria sus prendas elevadas
Mal comprendidas fueron ó ignoradas
En tanto que vivia;
Así como á ninguno ya sorprende
El claro sol que al firmamento asciende
Porque en Oriente asoma cada dia!

Ay! de ese bello corazon ya frio
Se derramaba un abundante rio
De acciones generosas,
Tan fácil, dulce y sosegadamente
Como ligera linfa trasparente
Que se desliza entre apacibles rosas. . . .

La dulce celestial beneficencia
Fué de ese noble corazon la esencia;
Y tan grata le era
Como le es respirar á los vivientes:
Como es á los tiranos inclementes
Sangre y horror acumular do quiera.

¿Cuál despreciado é infeliz mendigo
No halló en su techo hospitalario abrigo
Y en él un tierno hermano?
¿Qué víctima inocente y desdichada
En injustas cadenas aherrojada
No libertó con generosa mano?

Dígalo el estupor, el mudo espanto
Que su muerte causó: dígalo el llanto
Que brotando del alma
Al escuchar el crímen execrable,
En cada pobre choza miserable
Sonó turbando la nocturna calma!

Ocampo, el grande Ocampo, no era un sabio
Sin corazon: por su elocuente labio
La caridad hablaba,
Hablaba la virtud, y su creencia
Digna de su elevada inteligencia
Al Ser Supremo en la verdad buscaba.

Todo, todo acabó. . . . su triste amigo
A visitar se llega sin testigo
Su tumba bienhechora,
Y ve que allí dobles laureles crecen. . . .
Los hijos de la sombra le aborrecen,
Y la ilustrada humanidad lo llora.

AL CORONEL
D. JOSÉ CALDERON.

. . . illum ex mœnibus hosticis
Matrona bellantis tirani
Prospiciens, et adulta virgo
Suspiret. . . .
HORACIO.

Al ronco son de fratricida guerra
Partió. . . . ¿Sentis estremecer la tierra
Con el arranque fiero
De su corcel? . . . lanzóse á toda brida
Por el furor la frente enardecida,
Y fulminando el victorioso acero!

Partió. . . . su acento intrépido revela
Bélico ardor, y pues al campo vuela
En pos de eterna gloria,
Aprestadle magníficos laureles;
O bien, si recelais hados crueles,
Labradle ya su lápida mortuoria!

Fuerte escuadron de intrépidos soldados,
Cual águilas volando alborozados
A la sangrienta lucha,
Del héroe imitan el ardor intenso. . . .
Brillan sus lanzas entre polvo denso,
Su ronco grito resonar se escucha! . . .

Devoran animosos la distancia
Los férvidos corceles. . . . la arrogancia
Del contrario se abate;
Y sus masas se agitan y disuelven
Como las hojas secas se revuelven
Cuando furioso el huracan las bate. . . .

Victoria! libertad! mas ¡ay! se agita
Trémulo el bronce, y un volcan vomita
De destruccion y muerte. . . .
Envuelto en polvo y en sudor sangriento
Desplómase un guerrero sin aliento. . . .
Es Calderon. . . . ¡oh desdichada suerte!

Templad, templad por un fugaz instante
En presencia del cuerpo palpitante
El furor parricida:
Que al ver la patria al héroe moribundo,
Resiente en lo mas íntimo y profundo
Del corazon, la dolorosa herida!

Ni vil flaqueza imagineis ¡soldados!
Esa que en vuestros ojos abrasados
Lágrima triste rueda;
Que de tanto heroismo é hidalguía
Gloriosa prez de México algun dia,
Ese mísero polvo es lo que queda!

Miradle allí! . . . su manantial no agota
La noble sangre, y á torrentes brota
Enrojeciendo el suelo;
Y de sus ojos que la muerte oprime
Por siempre fija la espresion sublime
En muda queja se dirije al cielo!

Su mano empuña la brillante espada
Jamás vencida, nunca mancillada
Por la traicion impura:
Algun dia la patria, en noble ejemplo,
La vendrá á suspender como en un templo
Al mármol de su noble sepultura!

Era un héroe. . . . murió! . . pero su mano
Hizo temblar al opresor tirano,
Y acojerse á las olas
De sus amedrentados batallones,
Mientras al mismo pié de sus cañones
Ondeaban las rojas banderolas!

Era un héroe. . . . murió! . . . pero la arena
Quedó de sangre y de despojos llena
Un espacioso trecho,
Y el campo de la lid asoladora
En toda su grandeza aterradora
Al herido leon sirvió de lecho! . . .

Débesele á su sombra generosa
Una página limpia, fulgorosa,
De gloria que no acabe:
Débesele la tumba del guerrero,
El laurel del honor que es el primero,
Y de la patria el sentimiento grave. . . .

Cesa mi voz. . . . los fúnebres clarines
Del campo de batalla en los confines
Publiquen duelo y luto:
Ronco el cañon los valles asordando
Eleve al cielo de uno y otro bando
La amarga pena en funeral tributo!

Y la belleza, el amoroso seno
De compasion y de entusiasmo lleno
Al espirar mi canto,
Fije en el héroe su mirar doliente,
Y sobre el hielo de esa altiva frente
Derrame el fuego de su amargo llanto!

A LA GRATA MEMORIA

DEL C. SANTOS DEGOLLADO.

LOS HÉROES DEL PORVENIR.

Siempre fueron los pueblos ingratos
Cuando ensayan las duras cadenas,
Y frenéticas Roma y Atenas
Inmolaron á Bruto y Focion. . . .
HEREDIA.

En otra edad los seres mas atroces
Usurparon altivos de los dioses
El inmortal asiento,
Y ante su faz la humanidad temblando,
Iba sus huellas bárbaras buscando
Sin voluntad, sin voz ni pensamiento.

Bajo el triunfante carro de la guerra,
Muda temblaba de pavor la tierra:
Bebia la victoria
La sangre de los míseros vencidos,
Y á par de sus lamentos y gemidos,
Do quier sonaban cánticos de gloria!